

...un cuento de Josemo Murillo Vacarezza

Ya en la choza de mi tío, los indios trasegaron, en una sola copa de cristal sin brillo, el contenido de tres o cuatro botellas de aguardiente puro; las mujeres que habían permanecido en el patinillo, hicieron una pircas con piedras de aldeaño y dispusieron las viandas para la comida funeral.

Mientras tanto (y por eso recuerdo con algunos detalles esas escenas) los chicos nos pusimos a jugar con las matas de leña que reverdecían entre las piedras. Yo tenía diez años y Matilde ocho. Sus mejillas un poco sonrosadas, se habían paspado con una ligera capa de tierra endurecida con el sudor; pero detrás de esa lacra asomaba la epidermis tersa, muy poco atezada por los aires de la región. Lo único grotesco de su indumentaria era el enorme sombrero que le bailaba en la cabeza y que se había deformado en la de su madre con muchos años de uso. Ese día se había puesto polleras nuevas de lana punzó.

Jugamos con ella y con otros chicuelos más todo ese día, entretanto los indios, acelerados por el aguardiente, armaban disputas, peroraban con énfasis o se quedaban rendidos en una posición cualquiera; las mujeres habían distribuido de comer para entregarse después a francas pláticas.

Matilde era huérfana desde entonces. Pero no es posible atribuirle concepto alguno de lo que esa circunstancia significaba para ella en esos instantes; yo mismo discurrí muy tarde.

Construimos los dos una casita de guijarros y nos fingimos esposos, rodeados de hijos y en un campo dilatado.

No olvidé más ese episodio, y cada vez mantuve acrecentado mi deseo de volverla a encontrar.

Pero su madre, liquidada la herencia de su esposo, se marchó a otra estancia, llamada por sus demás parientes.

Muchas leguas había y era necesario transmontar algunas montañas un poco ásperas para llegar hasta ese nuevo lugar.

Sólo en esa famosa fiesta de San Agustín, en Cutimarca, la reconocí cuando ella, casi núbil, salía de la iglesia con el sombrero destocado.

Su rostro, graciosamente redondo se había transfigurado por un aire más benigno; estaba más acicalada y llevaba en su fisonomía la impresión de su alma limpia y cándida.

Era un poco menuda, pero sus cabellos de ébano partidos por una crencha en dos aladares densos, se bifurcaban en un par de trenzas que brillaban como una joya.

Hasta sus piecitos no calzaban la ojota, sino zapatillas de cordobán. En lugar del rebozo de colores fuertes que usaban las demás, llevaba ella una manta de dibujos finos; y para su cabeza tenía un lindo sombrero castaño, no se lana sino de castor.

Yo me ruboricé y me sentí empujado con mis trajes rurales; nunca se pusieron más torpes mis ademanes y jamás percibí mi insignificancia tanto como entonces; me pareció superior a mí y digna de anhelos mejores.

Cuando me dijo: ¡Isidorol, y me saludó con una sonrisa, mi faz debió ser tan inexpresiva, tan ambigua, que ella no volvió la cabeza ni se hubiera acordado más de mí.

Pero la fiesta convidaba a varias reuniones y la muchedumbre se congrega en uno y otro sitio para presenciar el esplendor. No demoré en ponerme muy cerca de ella, pero no me atreví a hablarla, sin embargo de mis locos deseos; la timidez me había turbado por completo. Cuando alcancé a serenarme, ella se dio cuenta de que estaba cerca, por un azar cualquiera, y me dijo ingenua:

- ¿A qué has venido?

- A ver la fiesta, como tú- le repuse con una frialdad involuntaria. Sin embargo, su afectuosidad me dio mayores ánimos y así, aquella fiesta de San Martín, se grabó en mi imaginación adolescente, con rasgos permanentes e inolvidables.



Josemo Murillo Vacarezza (Oruro, 1897-Oruro, 1987) Abogado, narrador, periodista, folklorólogo. Se doctoró en filosofía y letras en la Universidad de Buenos Aires. Fundador de la Facultad de Ciencias Económicas y del Instituto Politécnico. Fue Rector de la U.T.O. Publicó "Agua fuertes del Altiplano", "El Cancionero Popular en Bolivia", "La Pollera" "Oruro, ensayo sociológico de la ciudad y su región altiplánica".

A los pocos días camino de su estancia, iba yo con el corazón lleno de zozobras. Hacía el viaje sin verdadero destino y no llevaba más que un escaso zurrón para algunos días.

Cuando divisé el caserío, la emoción me oprimió y me desanimaba a instantes, casi vencido por mi flaqueza. Vacilaba en pernoctar, fingiéndome cansado, en el caserío o atravesarlo desaprensivamente. Pero, para lo primero, que habría sido lo más grato, me sentía con muy poco valor.

Matilde estaba cerca. Discurría por allí en busca de uno de sus mastines, para ponerle las carlanças y llevarlo al ahijadero de las ovejas.

- ¿Dónde vas?- me inquirió.

- De viaje. Voy al valle.

En ese sitio no había casi nadie. A lo lejos se escuchaba el ronco cluequear de un gallinero agitado, pero para tan escasa pincelada de vida, había un inmenso marco de silencio.

El optimismo se me contagió fácilmente y me puse decididor. Dialogamos hasta el trance de reír los dos con francas carcajadas. Yo le di un pellizco en uno de los brazos túrgidos; Matilde se quedó breves segundos pensativa y después me respondió con un golpe suave en la espalda.

Alternamos el juego hasta que le arrebaté el sombrero; ella salió en persecución mía, y los dos nos divertíamos con mis esguinces y gambeteos. Acalorada por la carrera, un tanto cansada y un poco mortificada por no haber podido alcanzarme, alzó una piedra y me la arrojó con fuerza; pasó frotándose el tobillo, en el que me dejó un rasguño.

Le devolví su prenda, pero mientras tratábamos de concertar la paz, hui con su rebozo y desde allí la cité para que volviera a alcanzarme. Es inútil confesar que no tardé en ponerme a su alcance y que ella remató el juego con golpes más fuertes en mi espalda. Pero así ella quedó cerciorada de que mi intención era casarme porque la quería. A ese juego inocente se habían entregado siempre todos los indios jóvenes en iguales circunstancias, y todos sabían y presentían su significado.

- Vamos a casa; le dirás a mi tío- me dijo ella cuando hacíamos el camino hacia su vivienda.

No encontré allí a su pariente pero le dejé mi pequeña bolsa con hojas de coca; ya sabía yo que si la desairaba su decisión me sería negativa.

Y por sentirme alegre y risueño, a esa misma hora emprendía el alongado retorno a mi casa, sin acordarme de mi cansancio ni de la hora.

Volví, es cierto, después de ocho días. En esa casa no encontré a nadie; la puerta se hallaba candada y el portón con bardales de piedra en señal de que los dueños no volverían en muchos tiempo.

Un indio viejo, encargado por el tío de Matilde, vino a darme encuentro. Me devolvió intacta la chuspa o bolsita de coca y me anunció que Matilde se había ido a la ciudad para servir.

Desde entonces no la volví a ver ni la he encontrado en ninguna otra fiesta. Sólo supe que se había conchabado como fámula en una casa rica de la ciudad y que allí prosperó en poco tiempo. Pero, su imagen, se anima en mí hasta mis oídos el lejano motivo de la música de aquella fiesta en que la pude ver, y aun cuando en mi mente la nostalgia reconstruya esas sinfonías, ella vive siempre fuertemente vinculada con todas esas palpitaciones del Altiplano, que me reconstruyen una a una las escenas que culminamos juntos.